



LOS PIES SECOS

Cuando uno repasa los acontecimientos ocurridos en la familia en tiempos pasados, que han perdurado en el tiempo y se han venido contando y relatando en las generaciones posteriores, no cabe más que sorprenderse del impacto causado y, de la importancia que en su momento tuvo, enriqueciendo y cohesionando la solera familiar.

Lo que más sorprende son aquellos acontecimientos y hechos que cuesta creer y asimilar, que escapan a toda lógica y raciocinio, pero que imprimen un sello en el vivir de los miembros de la familia y los hace trascender de la propia realidad, creándose un estado de ingravidez mental. Es el caso de María, una tía abuela, que toda su vida estuvo marcada por hechos extraordinarios.

María era hija de Matilde, mujer joven y despierta, de pelo negro y recogido, de facciones agradables, cuerpo esbelto y carácter alegre. También lo era de José, un hombre alto y fuerte, de pelo claro y carácter serio, responsable y dedicado al trabajo. Ambos habían heredado el horno del pan, una tahona en la que amasaban y cocían el pan para todo el pueblo. Matilde era hija de Francisca, una mujer con carácter, que, desde su temprana viudedad, había dirigido vigorosamente el negocio del pan. Ahora lo hacía su hija, conjuntamente con su marido, que habían aprendido el oficio y se dedicaban a él con responsabilidad y entusiasmo.

Tenía María seis años cuando ocurrió un acontecimiento que, hoy en día, la familia no ha logrado superar ni entender.

Era finales de febrero, la lluvia caía precipitadamente sobre el suelo, parecía que los grandes nubarrones tuvieran prisa por deshacerse de su pesada carga y aligerar su peso para huir lo antes posible; pero no era así, hacía días que llovía intensamente y no daba tregua a la tierra para absorber el raudal hídrico.

Los barrancos aumentaron su caudal y bajaban al río enfurecidos y gruñendo como animales amenazados y acorralados por fuerzas que los invitaban a morir. Arrastraban un cuantioso botín de piedras, maleza y lodo, que actuaban como fauces demoledoras de todo lo que encontraban a su paso. El río era su consuelo, encontrándose y uniéndose a otros que los engrandecían y los hacían más fieros y destructores. El agua era su elemento y el fango su veneno.

El pueblo, situado en un estrecho valle, estaba rodeado de agua por todas partes. Los tejados de las casas se veían impotentes para canalizar la aguada y se comportaban como auténticas cataratas, cruzándose los chorros, en las estrechas calles, de un lado a otro, dando a las paredes de las casas, un baño poco deseado. Las construcciones del pueblo parecían insignificantes ante el gran vendaval y la acumulación de agua, que se concentraba en sus calles, se precipitaba intentando desaguar en el río.

¡El río! Gran protagonista del pueblo y de los lugareños, en tiempos normales, orgulloso y protagonista del que todos dependen y quieren. Entonces se manifestaba furioso y amenazador. La aportación extraordinaria de agua embarrada proveniente de los múltiples arroyos y barrancos, lo convertían en una fiera dispuesta a devorar y tragarse

todo lo que encontrara a su paso, saliendo de su cauce e invadiendo territorios no habituales, desbordándose e inundando calles, casas y campos a su paso.

María solía pasar la mayor parte del día en casa de su abuela Francisca y, junto con sus tíos Antonio y Paco, se sentía muy bien, era mimada y cuidada mientras sus padres trabajaban en el horno. Sus tíos eran más jóvenes que su madre Mercedes y vivían en casa de su abuela Francisca. Eran dos muchachos altos, morenos y fuertes, de espaldas anchas y acostumbrados al trabajo duro. Para ellos María era su entretenimiento.

Paco se encontraba nervioso, llevaban varios días sin poder salir y observaba con preocupación la evolución del río. ¡Pasarían otra noche en vela! Había que vigilar el río y estar preparados para abandonar la casa, si era necesario, y ponerse a salvo de la furia del agua. Se habían reunido junto a la chimenea con su madre Francisca, su hermano Antonio y su vecino Pedro. También estaba su sobrina María, que no había podido irse a su casa con sus padres, por el peligro que presentaba el río al cruzar el puente.

Matilde y José sabían que María estaba bien, estaban acostumbrados a que se quedara a dormir en casa de su abuela y sus tíos. Ellos vigilarían el negocio familiar, no dormirían y tampoco sabían si podrían amasar el pan. Estaban pendientes a los movimientos del río, se había desbordado y había inundado las calles poniendo en peligro su casa.

En casa de Francisca vigilaban todos y, para soportar la vigilia, Paco leía en voz alta, a la luz del candil, una novela sobre las hazañas y aventuras del bandolero José María el Tempranillo. Lecturas favoritas de los tíos de María. Paco leía y el resto escuchaba. Francisca, sentada en su mecedora junto al fuego, daba cabezadas mientras su rostro cambiaba constantemente de tonos, provocados por el resplandor de las ondulantes llamas que desprendían los troncos al arder. Pedro, el vecino, que se encontraba muy nervioso y asustado, no paraba de moverse procurando no hacer ruido ni molestar, mezclaba sus movimientos con el de las ondulantes sombras que el fuego producía, en su baile llameante, con los objetos y personas que estaban en la habitación.

María estaba sentada sobre una caja junto a Paco a quien escuchaba con atención, tenía puesto un camisón y estaba descalza. Adoraba a su tío y deseaba aprender pronto a leer para, que cuando fuera mayor, poder leer ella las novelas a los demás y que todos la escuchasen. Miraba fijamente el movimiento de los labios de Paco, que con su gesticuladora al leer y las vibrantes intensidades de luz del fuego, hacían del rostro de éste, un atractivo cambiante, curioso y atrayente, provocando interés y embelesamiento a quienes lo miraban, como era el caso de María que disfrutaba viéndolo. En el rostro de su tío veía multitud de formas y personajes, que la hacían trasladarse a mundos fantásticos, mientras se le iban cerrando los ojos y se quedaba dormida.

La lluvia seguía cayendo, aumentaba su fuerza, produciendo un ruido ensordecedor que hacía que Paco detuviera, por un instante, la lectura y mirase a Pedro con preocupación, instándolo a que éste saliera y echara un vistazo, comprobando el grado de peligro que les acechaba.

Antonio, que estaba sentado mirando el crepitar del fuego, se levantó de un salto, y, junto con Pedro, abrieron la puerta y salieron a la calle en la que el ruido era atronador, uniéndose el rugido del río y el chasquear de la lluvia que provocaba el agua

al caer, creaban un ambiente de desastre y de fin de los tiempos. Comprobaron que la cortina de

2

agua no los dejaba ver nada, la noche era oscura y solo el resplandor de la tenue luz interior que se proyectaba a través de la puerta, permitía ver solo unos palmos de la calle. Había mucha agua, Pedro y Antonio entraron y en sus caras se reflejaba la preocupación.

Francisca, que se había espabilado, juntó sus manos de dedos sarmentosos, consecuencia del duro trabajo de años, comenzó a hacer una oración invocando la protección de todos los santos y el cese de la lluvia. María se había incorporado y jugueteaba con las sombras. Paco había interrumpido la lectura y todos prestaban atención al rezo de Francisca.

Pedro volvió a asomarse a la calle y constató que la lluvia ya no era tan intensa, se había suavizado y parecía que el cielo estaba dispuesto a dar una tregua al escuchar las jaculatorias de Francisca. Todos sonrieron y se dispusieron a seguir con la lectura.

Paco retomó el relato por donde lo había dejado, Francisca se recostó en su mecedora y Antonio y Pedro se acomodaron en donde habían estado. María volvió a su posición anterior, y con la atención puesta en la lectura y la tranquilidad que se había creado, entró en un profundo sueño. Antonio la vigilaba, pero pronto cedió a las insinuaciones de Morfeo y cerró los ojos. Paco y Pedro continuaron con la lectura. María cambió de postura y se levantó, Paco no dio importancia y siguió con el relato, mientras la niña se movía entre las sombras, intentando captar el ritmo que ellas imponían en su baile inarmónico, provocado por el crepitar de las llamas.

María continuaba moviéndose de un lugar a otro con sus ritmos pausados, mezclándose entre la penumbra, sin molestar la perorata de la lectura. En uno de sus movimientos, fue hacia la puerta que se encontraba entreabierta, se coló por ella y salió a la calle. Pedro y Paco continuaron inmersos en la narración, imaginándose a los bandoleros haciendo alguna escaramuza o seduciendo a alguna camarera de las múltiples ventas de Sierra Morena.

Ninguno se percató de la ausencia de María. Fue Antonio quien abrió los ojos y, como un resorte, saltó de la silla a la vez que preguntaba dónde estaba la niña. Paco paró en seco la lectura y todos se miraron, con expresión ausente y extrañados, ajenos de la realidad presente, tuvieron que pasar unos segundos para tomar conciencia de lo que Antonio les quería decir: ¡María no estaba! Miraron por la habitación, los rincones, las sombras y demás habitaciones, pero María no estaba. Francisca comenzó a llorar y a gritar llamándola compulsivamente e incontrolada. Antonio buscaba y Paco miraba sin entender que estaba pasando en realidad. Pedro vio la puerta entreabierta y pensó lo peor, que la niña había salido a la calle y, en la oscuridad de la noche, se había perdido.

Antonio tomó, precipitadamente, un candil y salió de la casa llamándola insistentemente: “¡María! ¡María! ¡María! ...” Pero no hubo respuesta. Paco y Pedro lo siguieron sin reparar en la lluvia que caía con menos intensidad, y sin temer a la calle inundada, a pesar de la oscuridad de la noche, sin ver nada y con el acompañamiento del ruido del río que los llamaba advirtiéndoles de lo peor.

Ante el alboroto, los vecinos se hicieron eco de lo acontecido y se unieron a Antonio, a Paco y a Pedro en la búsqueda. Cogieron cuerdas y faroles y se dispusieron a

inspeccionar la margen del río. Mientras tanto Francisca algo calmada y junto a las vecinas, rezaban y preparaban cuerdas, candiles, faroles, herramientas y ropa seca en apoyo a los hombres. Fueron horas muy angustiosas, el río lanzaba el agua por encima del puente impidiendo

3

que persona alguna lo cruzara. Las márgenes, muy inundadas y llenas de maleza, las revisaban los hombres, que se protegían, atados con cuerdas, de las corrientes, llegándoles el agua por la cintura, pero, a pesar de los esfuerzos, no encontraron nada. ¡María había desaparecido sin dejar rastro!

La angustia que se había apoderado de todos fue en aumento, condicionando y dificultando las actuaciones, arriesgándose cada vez más en la lucha con el río. Antonio estuvo a punto de ahogarse. Un vecino que estaba cerca de él, alertado, pudo rescatarlo en el último momento antes de ser engullido por un remolino. Antonio, con la angustia, precipitación y nerviosismo, había descuidado la seguridad, soltándose de la cuerda, momento en el que sintió el zarpazo del río para engullirlo.

Mientras tanto, en la otra margen del río, en el extremo del pueblo, estaba Matilde y José junto con sus dos empleados, amasaban el pan, pues habían decidido hacerlo al comprobar que la lluvia había bajado de intensidad y el nivel del agua en la calle no aumentaba. Estaban en plena labor, cuando se abrió la puerta y entró María llamando a su madre. Todos dirigieron sus miradas hacia la puerta interrumpiendo sus labores, quedando paralizados, perplejos y mudos. Ninguno se atrevía a moverse ni a decir nada. María estaba en el umbral de la puerta y se presentaba totalmente seca, sus pelos y su camisón estaban secos y sus pies también. Ninguno entendía lo que veía, la miraban de arriba abajo con los ojos muy abiertos y con expresión de miedo en sus rostros. Fuera llovía y la calle estaba inundada, pero, sin embargo, la niña estaba totalmente seca.

Matilde fue la primera que reaccionó y corrió a abrazar a su hija seguida de José. María no paraba de decir: “mamá, mamá, ...” Cuando todos reaccionaron le preguntaron: ¿cómo había llegado a su casa? ¿qué hacía a esas horas? ¿...? Pero María no respondió, no dijo nada, los miró y se echó a llorar, abrazada a su madre.

La actividad de la tahona se paró y todos, con una sensación extraña, de miedo e incertidumbre, se preguntaban qué era lo que estaban presenciando y querían entender los interrogantes que se les planteaban: ¿cómo había llegado la niña de esa manera, como había cruzado el puente y como estaba totalmente seca, con lo que llovía y la cantidad de agua que se acumulaba en las calles?

Cuando se fueron tranquilizando y saliendo del estupor en el que se encontraban, cayeron en la cuenta de que los tíos de María y, especialmente, su abuela Francisca estarían preocupados buscándola.

José tomó unos faroles y, junto con los dos empleados, intentaron bajar la calle, por la margen del río, para poder llegar a la altura en donde buscaban a María e intentar decirles que estaba bien y a salvo.

Antonio y Paco no sabían que hacer, se sentían angustiados y agotados, comenzaba a clarear y ni rastro de la niña. Fue un vecino quien los alertó de que en la otra margen del río estaba José, el padre de María y hacía señales indicando que la niña estaba en su casa y bien. Todos se alegraron y volvieron a su casa. Antonio y Paco dieron la buena

noticia a Francisca quien, entre llantos, daba gracias al cielo porque a su nieta no le hubiera pasado nada.

4

Pasados unos días paró la lluvia y el nivel del río bajó, permitiendo cruzar el puente. Fue cuando Francisca y sus hijos, Antonio y Paco, abrazaron a María. También fue el momento de las preguntas y de los interrogantes que María no contestó.

Jamás dijo lo que había pasado, ni aclaró nada, ni dio explicaciones de lo ocurrido. Solo se cuenta que, al final de sus días, a los más cercanos, les dijo que había visto y experimentado cosas que ninguna persona había visto y experimentado nunca.

En la actualidad, lo acontecido a nuestra antepasada María, sigue siendo un misterio que se mueve entre lo irreal y lo que nuestra mente no puede gestionar, pero la veracidad de los hechos permanece en la familia como testigo fiel, de una elección especial, exclusivo de nuestro linaje.

CHILOJO SAOA

Joaquín López Chiroso